



**de
alcohólicos
anónimos**

Virgilio A.

24 horas de alcohólicos anónimos

La historia de un hombre, cuando se trata de la propia, no la de un hombre inventado, posible o inexistente, sino de un hombre real, único y vivo, ensayo grandioso de la naturaleza, es esencial y eterna. Y cada hombre, mientras vive en alguna parte, es digno de toda atención. La historia del Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos está íntimamente ligada a un conjunto de hombres y mujeres que, para nacer, primero tuvieron que morir.

El nacimiento

En la esquina que forman las calles de Hamburgo y Niza, en un local ubicado en el tercer piso de un edificio que se quedó atrás en el tiempo, y que ostenta dentro de la heterogénea arquitectura de la llamada Zona Rosa rasgos propios y singulares, un conjunto de hombres y mujeres que se reunían noche a noche para compartir experiencias y, por 24 horas, detener la enfermedad que habían llevado a costas a lo largo de toda una vida.

Las reuniones de esta sociedad, la más democrática del mundo, las conduce un coordinador elegido por la mayoría de los asistentes. Dieciséis hombres ocupan todos los días la tribuna para hablar de su historia, para hablar de su presente, para limpiar su conciencia y para elevar su mente en momentos en que la civilización humana tiene su reposo, tiene su tregua, y en cada uno de estos hombres se aposenta una extraña mansedumbre. En la pantalla del cielo interior de cada uno de estos hombres se está realizando una muerte personal y exclusiva.

Estos hombres tienen nombre pero no apellido; no tienen antecedentes, ni referencias comerciales. Conocemos a cada uno solamente mediante su primer nombre, las personalidades se quedan afuera. Hombres dispuestos a renunciar a su pensamiento en aras del bienestar común, hombres para los que vivir es renunciar a sí mismos y entregar su vida y voluntad a la esperanza de una nueva vida.

Guillermo M., Edgar C., Rodolfo M., Víctor J., Héctor S., Virgilio A., son algunos de los nombres de los militantes de esta sociedad. Afuera, un letrero luminoso anuncia: Grupo Hamburgo de Alcohólicos Anónimos.

El Grupo Distrito Federal de Alcohólicos Anónimos había sido el antecedente más cercano. Las personas que por aquellas fechas se reunían en el local, habían descubierto, o empezaban a descubrir, una mayor necesidad de comunicación, una mayor necesidad de integración y de crecimiento. Por este motivo una de las características del Grupo

Hamburgo se hallaba en la celebración de juntas maratónicas, sin límite de tiempo ni de forma, a través de las cuales brotaba la viva corriente subterránea de la personalidad del alcohólico, impulsión poderosa de tendencias primordiales, dolorosamente estancadas hasta entonces y retenidas en profundos estratos psíquicos.

“Mi nombre es Guillermo y soy alcohólico”.

Esta afirmación cotidiana implica, en los grupos de Alcohólicos Anónimos, la admisión de la enfermedad del alcoholismo, tal vez la confrontación más seria de un enfermo que busca su recuperación. Tal parece que la dificultad para declararse enfermo la constituye el hecho de no tomar conciencia de la enfermedad. Es indudable que el alcoholismo es cruel y es irónico. Es cruel porque la sociedad no ha logrado tomar conciencia de que el alcoholismo es una enfermedad. Y es irónico porque el propio sujeto que la padece rechaza, a veces con energía, la posibilidad de ser un enfermo: el alcohólico defiende su enfermedad a las gradas de la locura y de la muerte.

“En mi adolescencia asistía a pocas reuniones sociales, puesto que siempre me embargó una excesiva timidez. Tenía serios problemas de comunicación que me impedían tratar a las jovencitas de mi edad, en mi casa se vivía un matriarcado y mi madre se oponía de manera definitiva a que saliera de la casa. Fue en esta época cuando empecé a darme cuenta de que bebiendo una o más copas de alcohol en una fiesta las inhibiciones y la timidez desaparecían y me volvía alegre y audaz, por lo que el alcohol fue en aquella época un invaluable ayudante en mi trato social”.

“A los 24 años contraí nupcias y quise imponer de manera absurda a mi esposa mi propia dependencia materna por demás enfermiza, con resultados desastrosos. No podía explicarme por qué la renuncia de mi compañera a aceptar que mi madre guiara nuestro hogar conyugal. Neciamente me dejaba manejar por mi madre, quien me indicaba con frecuencia: “Antes de tener mujer, tuviste madre”.

“Los años comenzaron a transcurrir y con ellos se fue acrecentando la necesidad de seguir bebiendo. Me estaba convirtiendo en un bebedor periódico, después de cada día de embriaguez hacía votos solemnes en el sentido de no volver a beber ni una copa más de alcohol, y justo es decir que en esos momentos de depresión, inherentes a la cruda moral, era honesto en mis deseos, que nunca pude cumplir. Pronto comencé a visitar psiquiatras, neurólogos y psicoanalistas, pero por mi deshonestidad nunca pudieron ayudarme. En la misma forma empecé mi recorrido por sanatorios antialcohólicos. Supe lo que era estar internado,

llo de conmiseración y arrepentimiento, sintiéndome el peor de los hombres y sabiendo que había fracasado absolutamente en todo lo emprendido, y de manera muy especial en mi forma de beber, que me había conducido al aislamiento dentro de la sociedad. Estaba desahuciado, no tenía remedio, había intentado todo, y nada había dado resultado. Así llegué a Alcohólicos Anónimos, para lograr con el programa un cambio, una conversión en lo más íntimo de mi ser”.

Como Guillermo, muchos llegamos a Alcohólicos Anónimos. La conciencia de nuestra realidad se fue haciendo clara a través de la militancia, a través de la comunicación, mediante la experiencia de compañeros con mayores vivencias.

* * *

Mi nombre es Virgilio y soy alcohólico.

Recuerdo que cuando me fue transmitido el mensaje de Alcohólicos Anónimos estaba padeciendo de una de las últimas crudas alcohólicas que viví. Un amigo mío, ex compañero de escuela con el que sostenía relaciones de trabajo, se encontraba por este motivo en mi oficina.

En un estado como el que atravesaba en esos momentos, sentía una enorme necesidad de comunicación. Puedo afirmar que en realidad este síntoma lo padecí toda mi vida, pero siempre fue ineficaz porque desde muy temprana edad sentí siempre un impulso irrefrenable de mentir, una necesidad de ser aceptado por otro ser humano y un temor permanente al rechazo...